

PROVÓCAME CON TU SONRISA



Andrea Ferrara

Provócame con tu sonrisa

Andrea Ferrara

© 2013 Provócame con tu sonrisa

© 2013 Enrique García Díaz

© 2013 Amazon eBooks.

© 2013 ASIN: B00BFGRKL0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Prólogo

Se encontraba frente a la puerta del despacho del profesor Hernández mientras trataba de asimilar como exponerle la cuestión. Eran las nueve de la mañana de un viernes caluroso de comienzos de Julio, y en los pasillos del Departamento de Filología inglesa, apenas si había estudiantes. Miró su reloj una vez más como si quisiera asegurarse que había entendido bien la hora de la reunión, ya que pasaban ya diez minutos de la hora acordada por ambos. Así que cruzó sus dedos deseando que al profesor Hernández no se le hubiera olvidado. La verdad, estar un viernes a primera hora allí de pie frente al despacho esperando... La noche había sido larga pese a saber que debía madrugar al día siguiente. Pero como renunciar a una fiesta en un local de moda un jueves por la noche. En ese momento escuchó pasos acercándose. Giró su rostro para encontrarse con el profesor Hernández, quien se dirigía hacia él.

-Hombre, ¿qué tal? ¿Cómo va eso? –fue lo primero que le dijo mientras le palmeaba la espalda con cordialidad.

-Bien –fue lo único que salió de su boca. La verdad es que el profesor Hernández era todo un tipo. No era el típico profesor estirado que suele mirarte por encima del hombro. Era todo lo contrario. Afable, cercano y siempre dispuesto a echarte una mano.

Abrió la puerta de su despacho indicándole que pasara y se sentara.

-Disculpa el desorden –le dijo mientras colocaba los libros, portafolios y exámenes, que tenía apilados sobre ésta. Una vez que estuvo acomodado lo miró fijamente a través de sus gafas al tiempo que entrelazaba sus manos.- He leído tu propuesta de tesis, y me parece bastante acertada. Lo cierto es que sobre Scott se ha investigado mucho, y se ha publicado demasiado. Pero tal vez no en el campo de la Historia de Escocia. Por eso te digo que me parece acertado. Dime una cosa, ¿cuántas obras pretendes analizar?

-Me alegra saberlo –dijo esbozando una tímida sonrisa y sintiéndose un poco mejor en su interior.- Había considerado aquellas que abarcan los períodos más relevantes. Las de las rebeliones Jacobitas. Entre cinco o seis obras.

-Me parece acertado. No queremos hacer un compendio histórico con todas sus obras. Elige bien aquellas que quieres estudiar –le dijo mirándolo seriamente. Luego se quedó pensativo hasta que volvió a dirigirse a él.- Dime, ¿has estado en Escocia alguna vez?

-No.

-Pues lo mejor que puedes hacer es marcharte allí una temporada –fue lo primero que le aconsejó mientras Javier ya se hacía sus cábalas sobre el viaje, el dinero, o el alojamiento.- Te lo digo porque es donde mejor puedes informarte sobre Walter Scott y la Historia de Escocia en sus novelas. Date una vuelta por el campus, habla con profesores, infórmate sobre el club de Scott en Edimburgo. Es mi consejo.

-Es bueno saberlo.

- Con lo que planteas necesitarás dedicarle mucho tiempo a buscar información y a contrastarla. Y aquí en España lo poco que encuentres estará traducido. Lo mejor en este caso es ir a la fuente. Por eso te remito a Edimburgo. Y una vez que tengas un borrador de la tesis puedes enviármelo para que vaya echándole un vistazo.

Javier se quedó callado. Incapaz de decir nada, ya que la propuesta de viajar a Edimburgo no entraba en principio en sus planes. Era cierto que le atraía Escocia y que tal vez eso fuera lo que le había impulsado a decantarse por Walter Scott y su obra. Pero no se había parado a pensar que finalmente tuviera que hacer ese viaje.

Se despidió del profesor hasta nuevo aviso y comenzó a trazar las líneas generales de su traslado a Edimburgo. No tenía una beca de investigación. Ni conocía allí a nadie. De manera que era una auténtica aventura. Pero por otra parte podría ser de lo más emocionante. Cuando lo contara en casa no se lo creerían. Pero estaba decidido a marcharse y a buscarse la vida en el país del tartán, del kilt, las gaitas, las Highlands y el lago Ness. Sólo el destino sabía que le deparaba.

1

Edimburgo.

Dos meses después.

La hora de más jaleo en la taberna se acercaba. Eran casi las siete de la tarde, cuando todo el mundo en Edimburgo había abandonado las oficinas, y se disponía a disfrutar de una pinta de buena cerveza escocesa. Como cada tarde Javier acababa de llegar para situarse detrás de la barra hasta bien entrada la noche.

-¿Qué tal has pasado la mañana? –le preguntó su compañero Ian nada más verlo.

-Como todas, amigo. Entre libros de Historia, manuales sobre la obra de Scott, artículos, notas... Puedes hacerte una idea –le respondió encogiéndose de hombros.- Espero poderme distraer un poco esta noche. Será algo movidita ¿no?

-Seguro que lo está. Es viernes, y ya sabes... Son muchos los que mañana no trabajan y esta noche salen a divertirse.

-Pues en ese caso nos prepararemos para pasarlo bien.

Javier se dirigió al cuarto donde se cambiaba. Se ponía una camiseta de manga corta en color verde con el logo y el nombre de la taberna: *The Kilt* en un claro homenaje a la falda que usaban los escoceses. Llevaba poco más de dos

meses en Edimburgo y ya había conseguido un empleo a media jornada en una taberna de la parte antigua de la ciudad, la *Old Town*. Lo compaginaba con sus horas de investigación para su tesis. Con lo que ganaba podía pagarse una habitación en una residencia de estudiantes cerca del campus. Además, le caía muy cerca de la biblioteca, donde pasaba la mayor parte de la mañana. Su tesis avanzaba despacio. Tal vez incluso más de lo que él esperaba. Confiaba en tener una especie de borrador para las Navidades. Pero si era sincero... no creía que llegara.

Regresó a la barra mientras se ataba el mandil de color blanco y la puerta se abría comenzando a dejar pasar a los primeros clientes. Un grupo de cuatro chicas, que se sentaron en una mesa. A continuación un grupo de chicos que se quedaron en la barra.

-¿Cuál prefieres? –le preguntó Ian mirando a Javier en clara alusión a los dos grupos que acababan de entrar.

-Déjale las chicas –sugirió Roy, un típico escocés pelirrojo apareciendo por detrás de Javier. – Son muy guapas y parecen con ganas de divertirse. A ver si se echa una amiga que no sea una reina de Escocia, o una jacobita declarada – le dijo en clara alusión a los personajes históricos femeninos de su país.

-En ese caso...-le dijo alzando las manos en alto y señalando con ambas la mesa de las chicas.

Javier sonrió burlón mientras sus dos compañeros de trabajo se reían al verlo avanzar hacia la mesa.

-Creo que te has pasado –le dijo Ian.

-No, nada más lejos de la realidad. Míralo, lleva casi dos meses en Edimburgo y sólo piensa en su tesis. Debería divertirse algo más, ¿no crees? –le preguntó guiñándole un ojo y haciendo un gesto hacia las chicas.

-¿Y tú crees que sirviendo a ese grupo lo conseguirá? –le preguntó escéptico Ian.

-No lo sé. Dependerá de la fortuna –le respondió encogiéndose de hombros.

Javier se acercó con paso algo dubitativo hacia la mesa de las chicas. Al verlo aparecer todas le prestaron su atención, lo cual pareció cortarlo un poco. Para no parecerlo extrajo su bloc del bolsillo trasero de su pantalón dispuesto a tomarles nota, mientras escuchaba sus risas.

-A ver chicas comportaros un poco. Tenemos al pobre muchacho aquí esperando –dijo la que tenía el pelo castaño, y que ahora lo miraba intrigada.

-Creo que deberíamos empezar pidiendo cuatro pintas de cerveza, ¿no? –sugirió otra de las chicas. Una con la tez blanca y los ojos oscuros como la noche.

-¿Empezar? ¿Habéis escuchado a Fiona? Dice para empezar –comentó la chica de pelo cobrizo y cortos con las puntas hacia fuera otorgándole un aspecto claramente desenfadado, y fingiendo estar escandalizada mientras miraba al resto del grupo.

-Vamos, Eileen, es viernes. Mañana no trabajamos.

-Lo siento pero yo mañana he de ir a la facultad –les recordó de manera seria.

-Bueno, pero imagino que no madrugarás, ¿no? Además, no pasa nada si bebemos un poco. Lo más que nos puede suceder es que acabemos durmiendo cada una en nuestra propia cama –resumió la mencionada Fiona con cara de disgusto.

Javier permanecía expectante escuchando la conversación de las cuatro chicas, quienes por otra parte no parecían ponerse de acuerdo a la hora de pedir.

-Si queréis... puedo volver en...- dijo haciendo ademán de marcharse hasta que sintió la mano de una de ella reteniéndolo.

-No, no hace falta que marches –le dijo regalándole una sonrisa divertida mientras las otras tres la miraban con toda intención. En ese instante, tenía al camarero agarrado por la muñeca impidiéndole moverse de su lado.

Javier sonreía sin saber exactamente qué hacer. Lanzó una mirada por encima de su hombro hacia la barra donde Ian y Roy se partían de risa al verlo allí prisionero de cuatro atractivas mujeres. Su mirada recorría sus rostros hasta que sintió un par de ojos claros fijos en él. La dueña sonrió de forma tímida mientras su rostro enrojecía, y disimulaba dándole a entender que la había pillado mirándolo como una

cría. Javier sonrió a su vez y volvió a centrarse en las deliberaciones del grupo.

-Chicas decidiros de una vez y no lo hagáis esperar más –insistió Fiona pasando su mirada de sus amigas hasta Javier con un gesto que le intentaba hacer ver lo cansinas que eran.

-No, tranquilas. Podéis tomaros vuestro tiempo.

-Venga trae cuatro pintas de Velvet –le dijo finalmente Fiona, quien ahora lo sujetaba por la muñeca y cuya mirada iba y venía de él a sus amigas.

-Perfecto. Gracias.

-A ti –le dijo con un toque no exento de curiosidad al verlo marcharse. Se quedó mirándolo fijamente con total descaro mientras sus amigas reían.

-Eh, Catriona, qué estamos aquí –le dijo Fiona agitando sus manos delante de sus propias narices.

-Ya lo sé. Hemos venido juntas –le dijo con toda naturalidad mientras la miraba con sorpresa.

-Lo digo por tu interés en el chico.

-La verdad es que es mono. ¿Tú que dices Eileen? No le has quitado ojo.

-No está mal –respondió mientras pensaba en como sus miradas se habían cruzado de manera casual. Mentira, lo has estado mirando detenidamente mientras estaba allí de

pie aguardando a que os decidierais. No te había venido nada mal esa espera.

-¿Cómo que no le has quitado ojo?! –preguntó Moira mientras fingía estar escandalizada por el comportamiento de su amiga.

-Vamos, vamos sólo lo estaba mirando ahí de pie. El pobre estaba esperando pacientemente a que nos decidiéramos ¿no? No tengo poderes para ver a través de su cuerpo.

-Chicas, chicas ahí vuelve. Comportaros –apuntó Fiona al verlo regresar con las cuatro pintas sobre una bandeja.

Eileen trató de no centrar su atención en él, pero le parecía algo complicado. La camiseta le marcaba cada uno de sus músculos cada vez que se movía. Desvió por un instante la mirada presa de un ataque de risa, bajo la atenta mirada de Fiona. Javier dejó las pintas sobre la mesa tratando de no percatarse de las risitas de las chicas. Por segunda vez sus miradas se cruzaron, y ahora Javier sonrió divertido por esta coincidencia.

-Doce libras

Las chicas hicieron acto de sacar el dinero de sus bolsos, pero Eileen las detuvo.

-Quietas, quietas. Esta ronda la pago yo –dijo con total seguridad mientras le entregaba un billete de veinte libras a Javier. No apartó su mirada de la de él en todo momento. Como si quisiera comprobar que no era fruto de su imagi-

nación, el hecho de que él también lo hubiera hecho. Javier sintió los dedos de ella rozar los suyos propios mientras le entregaba el dinero. Un leve roce. Una furtiva caricia que provocó que él volviera su atención a ella.

-Disculpa. No he cogido cambio. Vuelvo en un momento.

Cuando se hubo marchado todas se quedaron mirando fijamente a su amiga, quien por su parte no apartaba su mirada de Javier y una sonrisa de felicidad se dibujaba en su rostro.

-Venga Eileen, se te nota un montón que el chico te gusta –le dijo Catriona captando su atención.

-¿Otra vez? Pero mira que sois cansinas –les dijo con un toque de fastidio en su voz al tiempo que ponía sus ojos en blanco.- Anda vamos a brindar.

-Debería echarte las cartas –sugirió Moira.

-¿Lo dices en serio? –le preguntó una incrédula Eileen, mientras la miraba perpleja por lo que acababa de decirle.

-Sólo por ver si ese chico, del que no sabemos su nombre, se cruzará en tu destino –puntualizó mirando a su amiga de manera sería.

-Eso lo arreglamos en cuanto vuelva –dijo Catriona con malicia en su voz y su mirada.

-¿No se te ocurrirá? –le preguntó Eileen temiendo a su amiga.

-¿Qué hay de malo en saber como se llama? Además, no parece ser de aquí. ¿Os habéis fijado en sus cabellos negros y sus ojos grises? –les preguntó mientras entrecerraba los suyos y pensaba en la procedencia de él.

-Debe ser del sur de Europa –señaló Moira.

-Venga, adelante. Emplea tus poderes brujeriles –bromeó Fiona mientras movía sus dedos frente a ella como si estuviera ejecutando un hechizo.

Durante unos segundos el silencio se adueñó de la mesa, y ninguna de las cuatro chicas abrió la boca para decir nada.

-Anda vamos a brindar –dijo finalmente Fiona cogiendo su pinta en la mano para alzarla.

-Sí, venga.

-Vamos allá.

-Para que esta noche sea irrepetible –propuso Catriona.

Javier las observaba levantar en alto sus vasos y brindar camino de la mesa. Sonrió una vez más mientras se acercaba a ellas para entregarle el cambio a Eileen. Esta vez no lo miró de manera directa, ya que intuía que sus tres amigas se centrarían en ella. No quería pasar un mal trago. ¡Por favor! ¡Qué vergüenza! ¿Qué pensaría de ella?

Javier iba a marcharse cuando sintió como la mano de Fiona volvía a retenerlo.